

ta como teme a la revolución socialista, y no se hace ilusiones respecto a la dictadura.

La República, por otro lado, no es originariamente más que la simple carencia de Monarquía. Es por definición el gobierno menos independiente del pueblo, y, por lo mismo y en compensación, el más absoluto de todos los gobiernos. Perpetúa la situación de lucha social y oscilará para siempre «entre la dictadura, remedio de la anarquía, y la anarquía, remedio de la dictadura». Si el frío diplomático podía vaticinar para Francia la persistencia de las instituciones republicanas, el hombre de doctrina no podía dejar de añadir que Francia estaba «condenada a la República».

¿Era excesivo el pesimismo de Donoso? La evolución posterior parece haberlo justificado plenamente. Y es que la cuestión no estriba en inventar nuevas formas o sistemas de gobierno, sino en restaurar la autoridad del Estado, y liberarla de la servidumbre a que la han sometido sucesivamente los poderosos y los desposeídos. Para Donoso, la Monarquía no está ligada a ninguna forma de hegemonía social. De la misma manera, dice, que la Restauración volvió sin una verdadera clase de nobles, la Monarquía, si vuelve ahora, volverá sin una clase media preponderante y gobernante. «En esto no hay nada de contradictorio y, al revés, hay mucho de conforme a las evoluciones compasadas y progresivas de la Historia».

* * *

La explicación de Donoso Cortés no ha sido, ciertamente, aprovechada. Quizá la razón se encuentre en este vaticinio suyo, más modesto que los otros generalmente conocidos, y que se contiene en una de sus cartas de París: «Si en los primeros siglos de la creación la confusión de las lenguas produjo la confusión de las ideas, ahora parece que la confusión de todas las ideas va a dar por resultado la confusión de todas las lenguas».

LA RISA DE NAVIDAD

Por Juan Bautista TORELLÓ

AHORA que todos los pueblos atienden a la muerte del estallido que todo desintegrará, conviene, hermanos míos, tan sólo aprender a reír. Estallar a reír, sin ruido, de aquella única Risa que llega hasta las más remotas cuevas del mundo y parte de la Cueva. Toda la Historia ríe sin remedio de aquella risa admirada de Sara dando a luz, a sus noventa años, al hijo Isaac (que quiere decir Risa): *Risum fecit mihi Dominus, et quicumque audierit corrídebit mihi*: «El Señor me ha hecho reír, y cualquiera que le escuchare se reirá conmigo» (1). Reír pues, como la vieja Sara, sin dientes. Como los locos-sabios, sin finalidad. Como los niños, sin demasiados motivos. Como los mártires y las vírgenes, camino de las fieras, camino del prostíbulo.

Quien no aprenda a reír olvidará el conversar, tendrá que cerrar sus tiendas, agostará sus jardines.

Porque vivir, hermanos, no es otra cosa que arriesgar... riendo. Todas las velas blancas sobre el mar, arrastrando veloces a pobres esquifes, son tensas sonrisas entre cielo y tierra. Como las alas abiertas de los pájaros, como los brazos abiertos de los amantes.

Hay que aprender a bailar sobre el trampolín de la Historia antes de adivinar qué raras cabriolas trazaremos en el aire, para que siempre sean hermosas cabriolas. Bailar sobre la cresta de la virtud, alzada como un cuchillo sobre dos abismos de errores. Bailar en la llama de la perfección, en la que nadie jamás podrá ser encantado.

(1) GEN. XXI, 6.

Estas risas y estos bailes parten de la Cueva que acoge a un Dios. ¡Qué extraña manera de presentarse! ¡Y cuán diverso arribo nosotros le hubiéramos organizado (desfiles, banquetes, discursos; discursos, banquetes, desfiles!) ¡Pero El ha escogido esta manera paradójica y desconcertante, precisamente para enseñarnos a reír. *Vagit infans inter arcta conditum praeseptia*: con sus llantos de recién nacido atarazado por el frío en las estrecheces del pesebre nos ha enseñado a reír.

El Dios de la Cueva nos hace reír de los hombres de palacio.

El Dios desechado, de los hombres aclamados.

El Dios niño nos hace reír de los hombres grandes, y el Niño Dios de los grandes hombres.

El Dios pobre nos enseña a reír de los hombres ricos.

El Dios inerte de los hombres armados.

El Dios entre riesgos nos hace reír de los hombres con seguros de vida...

¡El Señor de los Señores vino a enseñarnos el Señorío!

Ciertamente va a quitarnos muchas alegrías, pero nos ha regalado la Alegría. ¡Qué largas y claras risas tejen la trama de estos veinte siglos cristianos! *¡Risum fecit mihi Dominus!*

Este Niño viene a atarnos a El sin remedio, pero nos ha enseñado a reír como jamás ninguno de los que pomposamente se llaman hombres libres podrá reirse. O reír o encadenarse. Su Alegría es la nuestra: parte de aquellos gemidos del nacimiento y se clava como una bandera desplegada sobre la loma de la Calavera. «¡No llores!» (2). Quien suba valerosamente a este Mirador de la Historia que es la Cruz, contemplará a todos los hombre, y todas sus minúsculas anécdotas y... empezará a reír interminablemente. La Alegría del mismo Dios le invadirá, la misma Risa Divina (*Gaudium meum impletum in vobis*) (3).

Y no me digais que ofendo al alto dolor humano insoslayable: sólo quien ríe comprende. Porque la risa simplificada, el llanto agruma las almas. Porque la risa es un gran carminativo, que disuelve internas hinchazones, y el llanto apelmaza. La risa

(2) LUC. XXIII, 28.

(3) JOAN. XVI, 11.

es, la tristeza no es. Y en el fondo de las únicas lágrimas válidas brota siempre la única válida risa: albor de felicidad. *Beati qui lugent* (4): el llanto que lleva a la risa. «La risa se mezclará al dolor y el máximo gozo se funde al llanto» (5).

Si estamos en la realidad —esto es, si somos humildes— no podemos dejar de reír: la criatura es tan sólo en cuanto ofrecida, y reír es entregarse. La tristeza es rebeldía, una pura irrealidad, una petrificación de la falsedad, una voluta barroca blasfema. Lloran los antiguos soñadores —la inevitable desilusión de los ilusos—. Ríen los que escuchan el jaderar de los propios pulmones asmáticos y el trueno antelucano de la atómica en sus manos. «*In vastitate et fame ridebis*» (6), «*In infirmitatibus meis gloriabor*» (7).

¿*Animal risibile*? Las cosas, saben tan solo reír, porque no pueden rebelarse: ¡no existen los sauces llorones! «Las estrellas alumbraban en sus cofres; llamadas a ser respondieron: aquí estamos, y brillaron con alegría ante Aquel que las hiciera» (8). Pero no basta no rebelarse: sólo el hombre verdaderamente puede reír, debe reír, porque solo él puede *saberse* débil, querer el abandono, juzgarse feliz de su propia contingencia. La hilaridad es una virtud: *Omnes vivent Deo quotquot proiecerint a se tristitiam et induerint omnem hilaritatem* (9).

Ríe la castidad, porque ve a Dios (10). Porque Llevada a su más alta cima da a luz al mismo Dios. Porque Dios se ha hecho carne... Ahora se alza el Magnificat: la risa de la Llena de Gracia, graciosísima María. Sólo su risa nos recuerda la facilidad de las cosas difíciles, la Gracia, el don de Dios que todo lo allana, como una nueva naturaleza que hace posible la levedad en el aire sin oxígeno de toda subida al Monte Carmelo. Como la sonrisa enardecidora de la Madre, Mater Divinae Gratiae, Causa Nostrae Lactitiae.

(4) MATTH. V, 5.

(5) PROV. XIV, 13.

(6) JOB. V, 22.

(7) II COR. XII, 9.

(8) BARUCH III, 34-35.

(9) EL PASTOR DE HERMAS, 155.

(10) MATTH. V, 8.

Más que nadie ríe el Saber, trezando juegos eternos delante de Dios (11). No el saber que es medio Saber, y llora su chatura (*stultus factus est omnis homo a scientia*) (12). El Saber es un sabor: «sabe a Dios» dicen lamiéndose los labios los místicos llegados a la Tiniebla, y ríen. Los saberes conllevan solamente sinsabores, desesperantes.

Y va toda la vida en aprender este Saber y este Reír. Los muertos ríen definitivamente. Los muertos han logrado finalmente nacer, pero la Risa absoluta vendrá al son de las trompetas apocalípticas, cuando los cuerpos serán gloriosos: *ridebit in die novissimo* (13); último, nuevo, único Día! «Ni llanto, ni clamor, ni dolor habrá ya más» (14). Habrá también, es cierto, el Reino de los que lloran definitivamente, constituyendo la más misteriosa risa de Dios: *In interitu vestro ridebo* (15). La rosa de fuego de la Risa de Dios.

Mientras tanto el ascetismo nos anticipa la muerte, y por ello también sonrío. Toda verdadera ascética tiene que ser sonriente. *Mori lucrum* (16), la muerte como ganancia. Morir de tanto reír, reír de tanto morir. La ascética, hermanos míos, es toda un puro reír: reír de los que tienen prisa, reír de los que creen en la eficacia de su voluntad de hierro, o en la agudeza de sus lumbres, o en la fecundidad de sus propias obras («vanas son, obras dignas de risa») (17); reír de los que miden las virtudes con el dinamómetro, de los que pronuncian discursos convincentes, de los que siempre van descubriendo libros, autores y métodos infalibles; reír de la propia máscara-cáscara-cháchara, reír de los talentos naturales y de los talentos de oro, reír mansamente, quedamente —*vir sapiens vix tacite ridebit* (18)— de los que desdeñan la mansedumbre que conduce a poseer la tierra, la difícil mansedumbre, sombra de la humildad, fuente de toda risa. Reír de mí, de ti, de él, de nos-

- (11) PROV. VIII, 30.
- (12) IEREM. X, 14.
- (13) PROV. XXXI, 25.
- (14) APOC. XXI, 25.
- (15) PROV. I, 26.
- (16) PHILIP. I, 21.
- (17) IEREM. X, 15.
- (18) ECCL. XXI, 23.

otros, de vosotros, de ellos, en un «crescendo» sinfónico que arrastre todas las ciencias, todas las confianzas, todos los amorzuelos, hasta la Risa universal de la Fe, de la Esperanza y del Amor.

Ríen todos los Santos, que jamás fueron «personas serias»: los apóstoles hablando, evangelizando —esto es, llevando alegres noticias—, los mártires regalando al verdugo sus recias cadenas, Tomás de Kempis, Tomás de Aquino y Tomás Moro, Francisco de Asís y Francisco de Sales, la Madre Teresa y la hija Teresita... Juan (el Bautista) antes de nacer, Juana (de Arco) encaramándose a la hoguera, Juan (el de Ars) dándole rabetillas al mismo demonio, Juana Francisca (de Chantal) brincando por encima del hijo tumbado en el dintel de su casa, Juan (Bosco) el prestidigitador diciendo divinas facecias al ceñudo y redicho Cavour... Juan = Gracia = Risa... la Risa de todos los siglos cristianos invitándonos al estremecimiento de aquella única Risa del heno de Belén:

*Hoy a la Aurora del seno
se le ha caído un Clavel.
¡Oh qué glorioso está el heno
porque ha caído sobre él!* (19).

La Risa de la carne asumida por el mismo Dios. Si un día sin día se dijo Dios: el hombre es tuyo, hoy —Navidad— se dice encandilado el hombre: Dios es tuyo. No nos queda sino reír —*Fiat, Fiat!*— felices en sus manos que hoy toman gozosamente nuestros mismos dedos.